



# **Estirillos Oeste**

**Carolina Bertheau C.**

**E**ran las cinco de la mañana. Ana quería despertar. Que mañana fría era aquella. Tomó un abrigo y salió a la costa. - Esta tarde lloverá -pensó. Veía a lo lejos a Marcos Sandalios Sandoval quien se empuñaba desde temprano a pescar. Ana, como un zaguato bien acostumbrado se sentó a observar esta gran inmensidad de Tierra en la que vive y pensó -¡Qué puta más grande! Y de inmediato se sonrojó, no acostumbraba a pensar palabrotas, sólo se le salió.

---

Era sábado, día de hermanos y hermanas, sobrinos y demás. No sólo el grado de puntualidad del sol le contaba a Ana el transcurso del tiempo sino también la terrorífica rutina del pescador.

El señor Sandalios hacía dos viajes, del primero volvía a las ocho en punto. Desde hacía muchos años el amable pescador guardaba a Ana sus tesoros. Sabía cuánto Ana les amaba, solía dibujarlos desde niña, -mi Señor Camarón- le llamaba al pescador.

Esa mañana le traía tres enormes y vivas langostas, algunos langostinos y muchos camarones. También traía un enorme pez vela. La joven apreciaba su carne dulce y de buena contextura.

Sandalios había perdido su esposa e hijos hacía unos años, volaron de meningitis y si bien era amante de la vida y de vez en vez hasta con alguien se le veía, anhelaba como todos compartir una buena mesa y un vino de frambuesa. Por eso los sábados en casa de Ana se le veía ¡como sonreía!

## II

Martin no recordaba quien era. Despertó dentro de un prisma oscuro. Como un resorte asustado se levantó y claro, chocó contra un plano triangular. En ese instante su memoria se colocó en el lugar correcto y abrió la cremallera de su aposento. Siempre le costaba caminar, no tanto la mecánica del hecho, si no la destrucción que ocasionaba con su desordenado bamboleo, apenas saliendo se agarró de una cuerda que sostenía a una toalla y a una urraca y este animal bien malhumorado, kas! le raspó la coronilla.

Martin no acostumbraba el agua dulce, creía que le podía enfermar. Así que se dispuso a ir a la mar y en la costa como cada día, creó su propio aposento. Un hombre de buenas costumbres. No era el tipo de viajero al que alguna vez una ola le robaba algo al pasar.

De pronto vió a Ana, cargando un gigante pez y un saco de gangoche - que debía estar vivo -o al menos eso pensó- Martin quiso ofrecer su ayuda, más la sorpresa y su torpeza no le permitieron avanzar, de alguna forma había

---

---

logrado enterrar su pie derecho y no le podía sacar. Ana le dijo buenos días y él ni pudo contestar. La vió pasar.

### III

En dos horas volvía Sandoval, el tiempo justo de limpiar y marinar. Los más pequeños familiares de Ana le esperaban sin poder aguantar. Quitar la caca de camarón era el santo pachangón.

En una bandeja va la corteza... en otra bandeja va la más gruesa; Y el animalón al señor camarón!

Y con esta molesta y primaria canción realizaban sus labores. Entre todo esto, Doña Alba, su madre, se sentaba y conversaba pero sobre todo alegraba, tenía buenos hábitos, había descubierto los placeres de la vida y acompañaba estos sábados de una buena pipada empajillada. Sí señor, hacía huecos a las pipas, les metía un guarito de coyol, canela y limón. Jero se preguntaba si ese ungüentillo no le daba calor, y claro que le daba. ¡Ahí estaba el sabor!

### IV

A las dos horas Ana dejaba esta casa agitada, salsas bullían y pastas reposaban. Corrió a la costa a ver si ya había salido Sandalios quien venía jalando su panga hacia la playa. De su segundo viaje traía los grandes animales, pulpo y calamar, arrastraba su pesada carga en la arena cuando de pronto se tropezó.

Otro castillo de arena –pensó-. Cuando miró, había un hombre observando con alegría la destrucción del montículo. - ¿Usted lo hizo le preguntó? - ¿Qué hice? Le contestó el hombre. -El castillo de arena ¿usted lo hizo? -¿Le parece esto un castillo?- Venga y mire desde mi ángulo. El hombre lo colocó justo donde él había estado. Sandalios sintió un desequilibrio, de esos que uno sufre cuando vive una gran impresión. Era una obra de arte.

Este hombre, al que nunca había visto antes por acá, había moldeado en la arena un hermoso pulpo gigante. También a un hombre que tomaba al

---

---

cefalópodo por el cuello y arriba en el cielo, las nubes formaban a una mujer que en su espalda llevaba un gigante pez vela.

¡Es una obra de arte! ¡He estropeado una obra de arte!- Y corrió a ver como arreglaba su torpeza. El hombre le detuvo –Si eso me preocupara– le dijo -Habría usado otro material. - Tiene razón- le dijo Marcos sin pensar. – Me llamo Martin – Yo Marcos - le dijo aún afectado.

En ese instante llegó Ana, Marcos la tomó del brazo – Mira lo que ha hecho éste hombre. Ana miró y no había más que burbujitas de moluscos y una que otra acumulación de arena. El golpe y las olas habían acabado con la obra de Martin. Sin embargo Marcos y Ana no notaron que aún se conservaba la mitad del rostro de la ninfa de las nubes que cargaba su gigante pez.

Martin disimuladamente la destruyó por temor a la semejanza, y claro, se cayó. Estrelló su cabeza con la punta de la panga y ahí mismo se desmayó. Lo llevaron a casa de Ana.

Sandoval volvió a la costa por la pesca, le parecía una maldita coincidencia, que justo después de matar a un pulpo, destruyera una escultura de pulpo y su panga casi matara al hombre que la creó.

## V

A Marcos le gustaban los crustáceos enteros, en mantequilla, ajo, cebolla, un manojo de culantro, una pizcota de sal y pimienta. Se chupaba estos animalejos hasta que el jugo le diera vuelta a sus brazos tres veces. ¿Cómo le gustarán a Martin? ¿Le gustarán? –se preguntó-.

En la cocina Ana nunca estaba perdida, pero ese día su cabeza bullía. Empezó por el principio ¡qué error! (O al menos eso pensó), tomó la bandeja de colitas y cáscaras de camarón, cebolla, zanahoria, ajo, tomillo, laurel y limón. Y a fuego lento las llevó.

Recordó que sus hermanos odiaban la sopa de cáscara de camarón. Dio tres vueltas a su alrededor, es hora de pulpo pensó. Mandó a hervir el agua y ésta le obedeció. Si se preguntan cómo, recuerden aquel sabio dicho “el amor mueve marañas” . Ana levitó al pulpo muerto y tres veces le asustó , dicen que

---

---

hasta gritó – ¡Ay! – sí, el pulpo era mujer- Y fue tal el susto que su carne blanda se marinó entre limones y picones.

¡ Ay los muchachones así se van a poner! ¿y por qué? Que hasta mi abuela sabe que para levantar el hum de un muerto hay que darle un pulpo tuerto. Bueno no tuerto, el punto es que quien vive del lado de la costa seca y se come un animal del lado de la costa húmeda... se le despiertan..... Mmhummm.

## VI

Mientras tanto Ana recordaba a su primer amante. Le llegó desde el mar. Andrajoso, rubio de mar, manos gruesas de pescar y limpiar. Caminaba hacia Ana succionando mejillones y tirando sus restos al mar. Nunca pudieron conversar pero por suerte siempre se pudieron besar. Durante diez noches a Ana la invitaron a cenar y sólo recordaba una palabra... “dessert”.

El favorito de François era el jugo que producía Ana al extirpar con sus manos la carne del coco. Ana levantaba su falda, colocaba un barril entre sus piernas y utilizando todo su cuerpo exprimía fuertemente su caldo. François se inspiraba – “Je vais te faire un mousse Ana, un mousse” . Y Ana le contestaba - Ay si, si un ús,un ús. Él tomó una hermosa guanábana y de su carne sacó un hermoso puré –. Lo mezcló con la crema de leche del coco, las coló. Cuando Ana vió el colador sintió esa tortura que una siente justo antes de venirse... Batió unas claras, la crema de leche, algo de gramos de azúcar - *Ana no podía pensar. Ah! Y luego recordó ¿ cómo podía François hacer a Ana su “ús” si no tenía refrigerador? Fue así como conoció a Doña Alba, afortunadamente François tuvo la buena idea de llevarle a la señora una botellita de vino y más afortunada fue la idea de Ana -llevarle dos.*

Ana dejó de fantasear. Acababa de refrigerar su postre ¿era acaso malo servir a Martin el “ús” de François? ¡Claro que no! Y si lo era...uysh.

## VII

Muchos niños cantando: ¡No hay quien diga a quien matar ... no hay quien diga a quien cagar!

---

---

Marcos parecía estar impulsado por el mismo motor que estimula a una babosa. Ana tomó los sacos de cangrejos y moluscos y ordenó al batallón de limpiar y ordenar. Los sirvió horneados y en ceviches. El vela a la parrilla (imaginen que parrilla... de casi tres metros nos contaban) y lo relleno de naranja, ajos y romeros. Le hizo tres salsas, tomatillo y ajillo, mayonesa irlandesa y salteado de cereza.

Martín resultó ser uno de esos que en su simpleza comen con delicadeza, todo lo engulló, los panecillos de papa le encantaron, comía un camarón encascara o de los de Sandoval y otro limpiecito en juguito de piñas y ciruelas. Dicen que cuando llegó al famoso “ús” se le veía hasta divagar.

## VIII

Ana se enamoró de Martín. Martín siempre la amó. ¿Y por qué les cuento este cuento? Bueno, de estos dos, nació Inés, ella creía que los huequitos de cangrejos eran bombardeos, se le veía por la playa jugando a la guerra -Dios sabe que nadie le enseñó-. A partir de ese momento Inés disfrutó de los cangrejos en la vida y en la mesa.

A Martín, se le conocía como el vago del pueblo, jamás aportó más a la casa que sonrisas y castillos.

Salía en las mañanas y esculpía la costa entera y por las tardes al subir la marea la veía desaparecer. Motivo suficiente para despertar cada mañana.

Ana jamás se inmutó, amaba trabajar. Había montado un restaurante y era feliz, más nunca estuvo segura de haber cumplido sus sueños y sabía que su marido cumplía sus sueños cada mañana al despertar y por eso lo amaba y eso deseaba para su amada Inés.

Sin embargo un día llegaron buenas nuevas desde el mar, el pueblo iba a cambiar y Ana que nunca había olvidado el dulce sabor del “ús” soñó con servir miles a los miles que aparentemente iban a llegar. Martín se hubiera cambiado de playa, si alguien le hubiera preguntado.

Ana poco a poco le destruyó, el inútil le llamaba. Moldear ninfas en la arena, ninfas que mueren cada día. ¡Martín, cambia de material!

---

---

Pues un día él comenzó. Hace años un visitante le había regalado unos kilos de bronce. Se armó un taller y moldeó al niño que él había sido, sin camisa y pies descalzos, risueño y más avejentado por el sol y la sal. Y a sus pies a la Golosa Sirena de Galletas. Inés veía a su padre trabajar cada mañana, cada tarde, cada noche.

Veinte noches después. Martín la terminó: Avanzó por un coral que se adentraba en el mar y luego aún más. Golosa Sirena de Galletas -Material: Bronce - Estilo: Libre (Martín nunca dijo eso). Fue a la costa, alzó a Inés, la llevó a casa. Como cada noche, le contó un cuento, ésta vez el cuento se acabó. La besó en la mejilla, luego en la otra y por último en la frente.

La nena voló en la oscuridad. Él se fue al mar, justo al lado de su niño, se hundió, pidió a los mares por los sueños, su costa y su Inés y ahí mismo murió.

Ana lo olvidó, nunca se percató que sus propias creaciones culinarias se devanecían cada día y hasta en caca se convertían.

Inés voló, ésa cocinó y esculpió toda su vida. Sabía que iría, sabía que moriría y cada día lo disfrutó. Nunca anheló dinero ni conserve amargamente sus recetas ni dietas. Se concentró en el color, el sabor y sobre todo en el amor.

En este calor consigo el justo olor.  
En este sabor consigo el justo amor.

---